

PERSONAJES

ILIA BENEDIK, arquitecto
KATKA, su esposa
EVA BENEDIKOVÁ, madre de Ilia
MIKI, su hijo menor
VLASTA, amiga de Miki
ALJZ, padre de Katka
TÍA MERY
AGRADECIDO, ingeniero

Los hechos tienen lugar en nuestros días.

ACTO PRIMERO

Sala espaciosa de un apartamento más bien antiguo de un edificio situado en el centro de la ciudad. El interior, original, creado años atrás con considerable dosis de pedantería, está semi-destruido por las intervenciones de los nuevos miembros de la familia. El comedor, antaño muy cuidado, se ha convertido en la sala de estar donde se concentra propiamente toda la vida familiar. Las puertas que conducen a la cocina y al recibidor permanecen siempre abiertas; sin embargo, la del dormitorio de los padres está cerrada con llave. Se puede distinguir a primera vista a quién pertenece cada uno de los objetos que se encuentran en la sala: un gran óleo de marco dorado que representa un paisaje algo confuso; debajo de él, una tabla de dibujo, aún más grande, sobre un soporte plastificado; un sofá con librero, en el que faltan los libros con letras doradas en el lomo, está atestado de revistas y juguetes. De la lámpara de doce brazos penden pequeños focos de línea moderna que proporcionan luz a la mesa de trabajo y a un género de rincón de estudio lleno de libros de texto.

Con el escenario en la penumbra, nos encontramos en la atmósfera de una tarde de mayo, en

la que resuenan los ruidos de la calle con la poca intensidad con que pueden llegar hasta el quinto piso de aquel edificio, de sólida construcción que data de la década del veinte, sin elevador ni calefacción central.

El escenario se ilumina, suena el teléfono y seguidamente se oye el llanto de un niño. La voz irritada que sale de la cocina pertenece al abuelo Alojz quien, sujetando con una mano un cochecuna y sosteniendo en la otra la prensa de la tarde, se dirige al teléfono.

ESCENA PRIMERA

Alojz.

ALLOJZ. ¡Maldición! ¡Mal rayo los parta! ¡Acabo de dormirla, y ya me la despertaron! ¡Sí! ¡Oigo! ¿A quién? No, está equivocado. (Se dispone a colgar, pero en el último instante cambia de idea.) Es decir... sí. El arquitecto Iliá Benedik vive aquí, pero ésta no es su casa, sí, dos-seis-cinco-tres-cuatro-dos. Cómo no, el número es correcto, pero la casa es mía y en la guía telefónica ese número aparece al lado de mi nombre. El que le habla es su suegro. ¿Con quién tengo el honor? ¿El ingeniero Agradecido? ¿Es usted, ingeniero?

¿Puede creer que no reconocí su voz? Naturalmente, cómo no voy a acordarme. Tenga en cuenta, ingeniero, que un capitán de Interhotel, después de cuarenta años de servicio, registra mejor en la cabeza a la gente que la Seguridad. ¿Y qué? ¿Cómo le va? Sí, sí, comprendo. Sigue con el problema de la vivienda. Comprendo, cómo no. Pero si mi yerno no lo ha llamado todavía, entonces el caso aún no está decidido. Usted debe saberlo, la vivienda en nuestros días es el problema más difícil de resolver. Sí, parece que sí, que tendrá que hacerlo. Comprenda que esa gestión implica gastos. Sí, enormes. Usted no se imagina cuántos trajines y cuántos disgustos acarrear esos trámites... ¡Uh! Pero debo decirle que mi yerno, aunque sólo lleva seis meses en la junta de la cooperativa de viviendas, ya ha ayudado a unos cuantos. Sí, palabra que sí, puede creerme, es bueno y noble como pocos. Y sin embargo, ingeniero, él también está esperando su vivienda; es más, la última vez cedió la que le asignaron. Y mientras tanto aquí, en este apartamento, vivimos dos familias. Sí, usted también. Se lo creo. Y con un niño pequeño. ¿Cómo, ya tiene tres? ¿Y para qué tanto apuro, ingeniero? Claro, tiene razón, ese trabajo hay que hacerlo en la juventud, sí, es cierto. Pero... ¿Cómo dice? ¿Que dónde podría encontrarlo? Naturalmente, sólo en la casa.

Comprenda... son cosas muy delicadas. Sólo en la casa. Le ruego que no vaya a verlo con ese asunto al instituto. No, en un restaurante gastaría mucho dinero, ¿no cree? ¿Tiene la dirección? Bueno, me imagino que mi yerno llegue de un momento a otro. Con mucho gusto. Creo que lo mejor es que venga hoy mismo, ingeniero, porque, como le decía, mañana él estará en Praga. Ya sabe, la estación en la capital cuesta bastante, y la semana que viene, si bien recuerdo, también tiene algunos viajes al interior. Como le decía: venga hoy mismo, es lo mejor. Sí, sí, con mucho gusto, le diré que usted vendrá por la noche. De nada, ingeniero. ¡Qué va, nada de eso! ¿Acaso no somos... este... seres humanos? Mis respetos. *(Cuelga el auricular.)* Agradecido, ¡qué apellido tan cómico! Pero qué trabajo le cuesta soltar el «agradecimiento», caramba. *(La pequeña, que durante la conversación permaneció callada en el coche comienza a llorar de nuevo.)* ¡Silencio! ¡Ni un chillido más! *(Se pone a mecer el coche, pero como la niña sigue llorando, se inclina sobre ella e introduce la mano más profundamente en el coche.)* ¡Madre mía, ahora sí que estamos arreglados! Estás, mi hijita, que da asco. Pero no te puedo limpiar. ¡Qué va! Tendrás que esperar con este maquillaje hasta que lleguen tus padres. Porque yo, mi amorcito, no le he cambiado el culero jamás ni a tu pro-

pia madre, y eso que entonces tenía unos veinticinco años menos que ahora. *(Se tapa la nariz y rápidamente empuja el coche con la nieta, que sigue llorando, a la cocina.)* ¡Dios mío! ¿Con qué la estarán criando? Ha de ser esa química moderna. Embuten a la niña con Dios sabe qué cosa y luego yo tengo que soportar esta...

Suena el timbre de la puerta. Alojz corre a abrir con el pañal en la mano.

ESCENA SEGUNDA

Katka y Alojz.

ALOJZ. ¡Al fin llegas! ¿Dónde estabas metida tanto tiempo?

KATKA. ¿Sucedé algo?

ALOJZ. ¿No oyes?

KATKA. Está llorando...

ALOJZ. Primera y última vez me quedé solo con ella.

KATKA. *(Con la respiración agitada de subir la escalera, guarda el abrigo.)* No puedes quejarte, papá, de verdad que es la primera vez.

ALOJZ. Primera y última, si no debo terminar en el manicomio yo también... Por cierto, ¿cómo está mamá?

KATKA. (Desde la cocina.) Acabo de hablar con el médico jefe.

ALOJZ. ¿Y bien?

KATKA. Sigue igual.

ALOJZ. Hace ya dos meses. ¡Qué especialistas tan buenos...!

KATKA. Dice el médico que en el caso de las enfermedades nerviosas no es nada extraño.

ALOJZ. ¡No me digas!

KATKA. Me lo explicó todo con lujo de detalles

ALOJZ. Es lo único que saben hacer los señores doctores: dar explicaciones con lujo de detalles.

KATKA. Su estado se ha estabilizado.

ALOJZ. ¿Qué quiere decir eso?

KATKA. Que no seguirá empeorando, pero tampoco irá mejorando.

ALOJZ. Pues, muchas gracias por un consuelo así.

La pequeña se quedó callada. Después de una breve pausa, Katka sale de la cocina.

KATKA. ¿Papá?

ALOJZ. ¿Sí?

KATKA. Quería pedirte...

ALOJZ. ¿Algo más?

KATKA. Debías ir...

ALOJZ. Sí, lo sé, ya voy. ¿Acaso pude hacerlo antes? ¿Te la iba a dejar aquí sola? ¿Encontrada?

KATKA. Delante de mamá no digas nada.

ALOJZ. No voy a ver a mamá sino a buscar a tu suegra.

KATKA. A ella me refiero.

ALOJZ. ¿Que no diga qué?

KATKA. Que no se te ocurra decirle por el camino cuánto gasta tu Jaguar y lo caro que cuesta hoy la gasolina.

ALOJZ. Bien, pero voy a decirte, hijita mía, que tu suegra pudo haber venido tranquilamente en el tren. Le hubiera costado sólo unos centavos. En cambio, así...

KATKA. Papá, te lo suplico.

ALOJZ. Está bien. No quiero desilusionarla. Pero de todas maneras... Todavía ese viaje a Praga mañana, bien, iremos cuatro. Eso ya representa cierta rentabilidad, pero

hoy debo traerla a ella sola, y para colmo, de un lugar tan cercano, media hora en el expreso...

KATKA. Iliá lo quiso así, papá, tiene miedo.

ALOJZ. ¿Miedo?

KATKA. Es que últimamente manejas poco. Iliá tiene miedo que no resistas un viaje tan largo, tú y el carro, pues se pasa la vida parado.

ALOJZ. ¡No me digas! ¿No será que el señor arquitecto desearía viajar en él todos los días al trabajo?

KATKA. No hay nada de eso. Estoy segura que no son ésas las intenciones de Iliá.

ALOJZ. Bueno, si no son esas sus intenciones, que se quite de la cabeza todas las demás preocupaciones. He viajado en este automóvil por toda Europa. Desde Bruselas hasta Bratislava.

KATKA. Sí, pero hace quince años.

ALOJZ. ¿Y qué tiene que ver? Un carro de esa marca, con buen garaje y buen mantenimiento tiene que durarle a uno toda la vida. Porque ése sí es un automóvil, no un ratoncito de cartón como los de ahora.

KATKA. No lo discuto.

ALOJZ. Ya verás mañana, cuando entremos en el parqueo del Castillo de Praga. Hasta la limosinas negras palidecerán al lado de él.

KATKA. Ojalá sea así.

ALOJZ. Eso déjalo de mi cuenta. Bueno, me voy.

KATKA. ¿Papá?

ALOJZ. ¿Sí?

KATKA. Yo...

ALOJZ. ¿Pasa algo?

KATKA. Tengo que decirte algo importante.

ALOJZ. (*Regresa de la puerta y se sienta.*) Mejor no, te lo suplico.

KATKA. ¿Por qué?

ALOJZ. Según te conozco, cada vez que me hablas de esta forma espero noticias de Job. «Papá, tengo que decirte que me voy a casar. Papá, tengo que decirte que estoy embarazada. Papá, tengo que interrumpir los estudios...»

KATKA. Pues, esta noticia no pertenece a esa categoría.

ALOJZ. Bien, pero de todas maneras más vale que no me la digas.

KATKA. Como quieras.

ALOJZ. ¡Desembucha!

KATKA. Dijiste que no.

ALOJZ. Si ya empezaste, acaba. No voy a estar torturándome hasta por la noche.

KATKA. Llegó un telegrama para mamá.

ALOJZ. ¿Al hospital?

KATKA. No, aquí, a la casa.

ALOJZ. ¿Qué telegrama?

KATKA. De Viena.

ALOJZ. ¡Por Dios! ¿De quién?

KATKA. La tía Mery acaba de llegar a Viena en un avión. De San Francisco.

ALOJZ. ¿La tía Mery?

KATKA. Ayer por la noche. Hoy debe de llegar aquí.

ALOJZ. ¿La tía Mery? ¡Qué sensación!

KATKA. Papá, pero ella seguramente querrá vivir aquí, con nosotros...

ALOJZ. ¿Y qué? ¿Acaso la vas a mandar a un hotel para que gaste inútilmente su dinero?

KATKA. Es que mamá y yo estábamos preocupadas...

ALOJZ. ¿Por qué?

KATKA. Sé que no te agradan las visitas.

ALOJZ. Deja eso, por favor.

KATKA. Si es así, entonces no hay problemas.

ALOJZ. Yo no diría tanto. Porque en ese caso cambia esencialmente la planificación para mañana. Quiero decir, el viaje a Praga. Una visita como la tía Mery no podemos dejarla sola, abandonada, en la casa vacía.

KATKA. La señora Nováková estará aquí con la niña.

ALOJZ. ¿Y tú pretendes dejar con una mujer extraña a una señora respetable, mayor, que prácticamente al final de su vida ha decidido venir a su país natal desde el otro extremo del mundo? ¡Dios mío! ¿Te das cuenta al menos lo que significa eso?

KATKA. Quizás para ella...

ALOJZ. Para ella, para ella... ¡Qué diablos para ella! ¡Para nosotros!

KATKA. No te entiendo.

ALOJZ. Por favor, hija.

KATKA. ¿Te refieres...?

ALOJZ. Exactamente a lo que estás pensando tú, sólo que yo no pongo una cara tan ingenuamente honrada.

KATKA. Papá, yo...

ALOJZ. Vamos, vamos... (*Abraza alegremente a la hija.*) No les vendrá mal hacer algunas compras en las tiendas para turistas extranjeros.

Katka permanece inmóvil, consternada por los razonamientos del padre.

ALOJZ. Y no te quedes ahí parada como una estatua. Estamos esperando un mundo de visitas. Muévete y recoge la casa aunque sea un poco. Y no quiero ver pañales colgados en cada clavo. ¡Dios mío! La tía Mery. Durante treinta años no dejó de enviarnos tarjetas de felicitación por las Navidades. ¡Fantástico! Escucha, hija, ¿qué te parece si la llevamos mañana con nosotros?

KATKA. ¿Adónde?

ALOJZ. ¡A Praga, a ese acto solemne! Ustedes, las tres mujeres, caben cómodamente en el asiento trasero. ¡Dios mío, qué idea! ¡Que la vieja americana rica vea que aquí también hacemos las cosas con nivel! ¡Madrecita mía, el Castillo de Praga y todo ese gótico...! Para una mujer como ella será una experiencia inolvidable. En su país no es tan fácil encontrar un lugar de tanta belleza.

KATKA. No tiene invitación.

ALOJZ. ¿Qué dices?

KATKA. Quiero decir, entrada.

ALOJZ. En mi larga vida he conseguido cosas mucho más importantes que una entrada a un festejo.

KATKA. De todas maneras, no me parece...

ALOJZ. ¿Qué es lo que no te parece?

KATKA. Que debamos...

ALOJZ. No te preocupes por eso, déjalo de mi cuenta.

ESCENA TERCERA

Ilia y los anteriores.

ILIA. (*Entra en la sala desde el recibidor, mira el reloj. Al suegro.*) ¿Todavía estás aquí?

ALOJZ. ¿Y qué?

ILIA. ¿Habrá tiempo para todo?

ALOJZ. No voy a buscarla en un Trabant ni en un Skoda. Por cierto, Ilia, antes de que se me olvide, te llamó un tal...

ILIA. ¿Quién?

ALOJZ. Maldición, se me olvidan los nombres. Tiene un apellido muy gracioso... Ah, ya sé: el ingeniero Agradecido.

ILIA. ¿Qué quería?

ALOJZ. ¡Qué pregunta!

ILIA. ¿Le dijiste que por ahora no se puede hacer nada?

ALOJZ. Eso se lo dirás tú. *(Cierra la puerta de la cocina para que Katka no oiga la siguiente parte del diálogo.)* Ya está elaborado. Viene de un momento a otro. Si es agradecido, que suelte el «agradecimiento».

ILIA. Pero si él ya...

ALOJZ. ¿Qué? Le insinué que hace falta más. Para que lo sepas. *(Desaparece en el recibidor.)*

ILIA. *(Permanece durante un rato parado en el centro de la sala. Después se dirige a Katka que está en la puerta de la cocina con la pequeña en los brazos.)* ¡Hola, muchachitas!, ¿cómo están?

KATKA. Pensé que no llegabas más nunca. Abuelo por poco pescó un infarto. Se había quedado solo con la niña durante dos horas enteras.

ILIA. ¿Y qué le pasa a la señora Nováková?

KATKA. Se fue antes para hacer sus compras por lo de mañana.

ILIA. ¡Qué susto! Pensé que había presentado su renuncia.

KATKA. No ha presentado la renuncia, pero nos dejó aquí un recado.

ILIA. ¿Qué recado?

KATKA. Que le mandemos por la noche cien coronas, de lo contrario no vendrá mañana a cuidar a la niña.

ILIA. ¡Pero si le estamos pagando seiscientas al mes!

KATKA. Es cierto, pero ella dice que en eso no se incluyen los sábados y domingos.

ILIA. ¿Cien coronas por un sábado por cuidar una niña de un año?

KATKA. Ella dice que ya tenía sus planes para mañana.

ILIA. ¿Por cien coronas?

KATKA. No sé si por cien o por más.

ILIA. Es una vampiresa. Qué falta nos hace que se acabe de resolver el círculo.

KATKA. Hoy fui también a interesarme por eso.

ILIA. ¿Y qué averiguaste?

KATKA. Que tienen ochenta solicitudes y que la capacidad del círculo es de sólo treinta plazas.

ILIA. Pero nosotros somos un caso excepcional, ¿no?

KATKA. Se lo dije a la directora.

ILIA. Dios mío, Katka, niña mía, ¡se lo dijiste! En situaciones como ésta no basta con decir.

KATKA. ¿Y qué debo hacer?

ILIA. Por lo menos echarte a llorar. Poner todas las cartas sobre la mesa: la abuela enferma de los nervios en el hospital; la madre, después de los estudios de arquitectura interrumpidos, preparándose para los exámenes; el padre...

KATKA. ¿El padre, qué?

ILIA. Bueno, debiste inventar cualquier cosa... Que soy un borracho, que te doy golpes... qué sé yo, cualquiera de los argumentos que ahora están de moda en las comisiones de atención social.

Katka carga a la niña y, sin decir nada, se va a la cocina, y sólo con la mirada le indica a Ilia que ésa no es la solución.

ILIA. (Enseguida se da cuenta.) ¿Katka?

Katka cierra la puerta tras de sí.

ILIA. (La vuelve a abrir.) Katka, ¿no pensarás que yo hablaba en serio? Vamos, bobita...

KATKA. (Ya sin la niña.) Pero esas cien coronas no las tengo, de verdad.

ILIA. ¿No las tienes? ¿Y cuándo tú tienes?

KATKA. Hoy fui a ver a mamá al hospital. A ella ya tampoco le queda ninguna reserva. He gastado su último dinero.

ILIA. ¿Último? No digas eso, Katka. Siempre hubo y habrá dinero en este mundo. Además, recuerda que no hay mal que dure cien años.

KATKA. Los hay que duran más de cien años.

ILIA. Katka, me parece que pretendes enfurecerme. Y precisamente ahora, en vísperas de un gran acontecimiento familiar.

KATKA. Comprende, Ilia, si no le llevo esta noche las cien coronas, tendré que quedarme mañana con la niña en la casa. Y el acto se celebrará sin mí.

ILIA. Nada de eso. ¡Eso sí que no!

KATKA. Pero a mí de verdad que ya no me queda ni un centavo en el monedero.

ILIA. No tiene importancia. Tú irás a Praga para que recuerdes toda la vida el momento en que tu marido recibía la más alta condecoración de este país en lugar de su difunto padre. Y con motivo de tal acontecimiento, Ilia se toma la libertad de entregarle

a su Katka... (Saca del bolsillo un diminuto estuche de joyería.)

KATKA. ¿Qué es esto?

ILIA. Primero, el beso.

KATKA. ¡Ilia!

ILIA. ¡El beso!

KATKA. (Saca del estuche una cadena con un amuleto.) ¡Qué belleza, Ilia!

ILIA. (Abraza a la esposa.) Quién sabe si alguno de nosotros será reconocido en vida héroe del trabajo como mi difunto padre. Que este hermoso objeto en tu pecho nos recuerde siempre ese momento, siempre, incluso cuando sólo le dediquemos una mirada fugaz.

KATKA. ¡Oh, mi poeta! Por cierto, Ilia, ¿por qué no escribes versos?

ILIA. No hables bobberías...

KATKA. ¿Cuánto te costó la cadena?

ILIA. Dios mío, qué talento para estropearle a uno el buen humor.

KATKA. Si no pagamos las cien coronas a la señora Nováková, ¿con quién dejaremos a la niña?

ILIA. ¡Con quién! ¡Con quién! ¡Le vamos a dar las cien coronas!

KATKA. Entonces, hazme ese favor. Se las llevaré ahora mismo.

ILIA. Tendrás que esperar que llegue mamá. Seguro que ella nos ayudará.

KATKA. ¿Otro préstamo más?

ILIA. ¿Y qué? ¿Te crees que somos el único matrimonio joven que recurre con tanta frecuencia esa palabra? Pero si verdaderamente te disgusta tanto pedir dinero prestado a mamá, existe también otra posibilidad. Coge esta preciosa joya y llévasela a la señora Nováková, si es que la muy vampiresa no confía en nosotros. Que se quede con ella hasta el lunes, y entonces le pagaremos las cien coronas.

KATKA. No cobras sino dentro de una semana.

ILIA. Voy a cobrar premios.

KATKA. ¿Tan pronto?

ILIA. No, ¡al fin!

KATKA. Ilia, ¿sabes cuántas cosas tendremos que comprar con ese dinero?

ILIA. Bueno, la verdad es que no sé.

KATKA. Naturalmente, primero para la niña. En las t'endas sacaron preciosos juegos de abrigo y pantaloncito.

ILIA. Primero habrá que soltar algo para acabar de resolver el círculo.

KATKA. ¿Qué estás diciendo?

ILIA. Lo que oyes.

KATKA. ¿Soborno?

ILIA. Esa pequeña inversión nos traerá frutos dentro de unos meses.

Suena el timbre de la puerta. Ilia va a abrir.

ESCENA CUARTA

Eva Benediková y los anteriores.

ILIA. (*Sorprendido.*) ¡Hola, mamá! ¡Por Dios! ¿Cómo que vienes tan temprano?

EVA. ¿Te sorprendes, verdad? Y eso que por poco traigo también a un galán conmigo.

KATKA. ¿Cómo?

ILIA. (Después de una pausa.) ¿A quién?

EVA. Imagínense, muchachos. Llegó de Vladivostok. Buscaba a papá. El hermano de aquel Ilia que está enterrado cerca de Cremosné.

ILIA. ¿Dónde está?

EVA. Ya vendrá. Lo invité. Están alojados en un hotel. Todo el grupo.

ILIA. Mamá...

EVA. ¿Qué pasa? ¿Por qué están tan turbados? ¿No será porque...?

KATKA. No, no es eso...

EVA. ¿Y por qué entonces?

ILIA. ¿En qué viniste?

EVA. Ah, bueno, en un tren, por supuesto.

ILIA. Mamá, por favor, ¿y por qué en un tren? ¿Acaso no habíamos acordado otra cosa?

KATKA. Que papá iría a buscarte.

EVA. ¿Nosotros acordamos eso? ¿Cuándo?

ILIA. La semana pasada. Por teléfono.

EVA. Cierto, cierto. Tienes razón. Ahora ya me acuerdo. Es que estoy un poco desconcertada de todo esto, hijito.

KATKA. Papá se fue hace media hora.

ILIA. No quiero oírlo cuando regrese. Ida y vuelta con el carro vacío.

EVA. Bueno, lo importante es que estoy aquí. Pero debo decirles, muchachos, que lo que más deseo es que acabe de pasar ya el día de mañana. Los actos solemnes no se han hecho para mí. Estoy convencida de que tu pobre difunto padre, Ilia, hubiera inventado mil pretextos diferentes para no tener que asistir.

Dios mío... ¿Y dónde está la niña? ¿Mi pequeña Evita? Traigo muchas cositas para ella: comida, dulces, baticas bordadas... (*Toma el maletín repleto y se lo lleva a Katka a la cocina.*) Anda, sácalo todo. (*Se queda sola en la sala con el hijo.*) Escucha, Ilia, espero que tu suegro no se ponga a hablar tonterías.

ILIA. ¿Por qué?

EVA. Porque yo invité a ese amigo para que me acompañara a...

ILIA. ¿Adónde?

EVA. A Praga, adónde va a ser.

ILIA. ¿A quién?

EVA. A él... al tío Vania.

ILIA. ¡Mamá! ¿Tú lo has invitado para ir a Praga?

EVA. ¿Y qué? ¿Qué iba a hacer? ¿Botarlo de la casa?

ILIA. Tanto no, pero...

EVA. Los dos lloramos en el cementerio. Él ha venido, está aquí...

ILIA. Pero él viene sólo como turista.

EVA. ¿Y qué tiene que ver?

ILIA. No sé, mamá. Creo que tú no te das cuenta. Pero mañana, en el Castillo de Pra-

ga, será un acto de alto nivel. La entrega de las más altas condecoraciones. Eso es... cómo explicarte... Un asunto protocolar. Por invitación.

EVA. (*Después de una pausa.*) ¿Por invitación? No seas ridículo, Ilia. Ese hombre entró en Praga hace treinta años, y entonces nadie le pidió invitación.

ILIA. Está bien, pero de todas maneras...

EVA. Comprendo...

ILIA. Date cuenta, mamá...

EVA. Sí, me doy cuenta. En su katiusha había más espacio que en el Jaguar de ustedes.

ILIA. Pero mamá, te aseguro que en este momento no estoy pensando en otra cosa sino que mañana... ¿Cuántas invitaciones tienes?

EVA. Diré a los compañeros de la puerta que él viene en lugar de papá. Y que después alguien se atreva a no dejarlo pasar.

KATKA. (*En la puerta de la cocina con el maletín de Eva en las manos.*) Mamá, no puedo abrirlo. ¡Estas maleticas que tú traes siempre!

EVA. ¡Dios mío! ¡Las maletas...! ¡Qué cabeza la mía! Ahora es que me acuerdo.

ILIA. ¿Qué maletas?

EVA. Enormes como la mitad de un barco. Una señora ya mayor está sentada sobre ellas abajo, en la entrada. Parece una americana. Me ofrecí para ayudarla, pero ella me respondió que yo ya llevaba bastante. Y entonces le dije: «Voy a mandar a los jóvenes para que la ayuden.» Viene aquí, al quinto piso, a casa de alguien. ¡Vaya un edificio tan alto sin ascensor! No me explico a quién se le ocurrió construir algo así...

KATKA. ¿Conque ella ya está aquí?

EVA. ¿Quién?

ILIA. ¿La tía Mery?

EVA. ¿Y yo qué sé cómo se llama?

KATKA. *(Sale corriendo al recibidor.)* ¡Corre, Ilia! ¡Tenemos que ayudarla!

EVA. ¿Ilia? ¿Ésa también viene para acá?

ILIA. Es una tía de Katka. De San Francisco.

EVA. ¡Válgame Dios! ¿Y tuvo que venir justamente ahora?

ILIA. *(Ya afuera.)* ¡Katka, espérame!

EVA. *(Saca el cochecito de la cocina a la sala. Habla a la nieta.)* ¡Si tiene los cacheticos como dos manzanitas! ¡Dios mío! Y la dejan que se duerma así, abrigada como un osito. Bueno, qué se va a esperar de ellos. Así ocurre siempre cuando a niños les nacen niños

y después no saben qué hacer con ellos. *(Comienza a quitarle los abriguitos a la niña.)*

ESCENA QUINTA

La tía Mery y los anteriores.

TÍA MERY. Oigan, muchachos, debo decirles que un rascacielos no es nada en comparación con este edificio. En mi vida he subido tantas escaleras.

EVA. *(Se le acerca con el coche.)* Yo también me pregunto qué imbécil de arquitecto sería... Pero bueno, cuando se construyó este edificio, durante la primera república, a nadie le importaba nada.

TÍA MERY. ¡La primera república! *Mon dieu!* Y ésta ahora, ¿qué número tiene?

EVA. Cómo explicarle...

KATKA. Creo que deberíamos empezar por presentarlas.

TÍA MERY. Me llamo Jurzhevská. Llevo el apellido de mi marido. Era polaco. Nos casamos allá, allende del océano; pero para ustedes, muchachos, sigo siendo la viejita tía Mery.

EVA. ¡Que dice! Viejita, con lo bien que está.

TÍA MERY. (*Halagada.*) Ay, hijita, estoy cansada. Estoy muy cansada de este viaje.

EVA. No es para menos. Recorrer tanta distancia, cruzar el mar...

ILIA. Y ésta es mi mamá.

TÍA MERY. (*Abraza a todos, uno a uno.*) Mucho gusto, encantada de conocerlos. Y mi pobre hermana, ¿dicen que está en el hospital? Bueno, menos mal que usted la sustituye. Es muy amable de su parte. Muy amable. Sé que mi hermana le estará agradecida hasta el último día de su vida. ¿Y su esposo?

EVA. ¿Mi esposo? Ha muerto.

TÍA MERY. (*A Eva.*) *Mon dieu!* ¿Viuda? Yo también. Enterré a Jurzhevski poco después de la guerra, apenas regresó de Japón. Murió, el pobre, de una enfermedad extraña. La fiebre lo consumió.

EVA. Anda, Ilia, trae un poco de vodka. Lo traje a propósito de este encuentro, que la tía Mery brinde con nosotros. Estoy segura que en su país no se consigue vodka original.

TÍA MERY. ¿Vodka? *Mon dieu!* ¡Alma mía! Es la última moda que recorre el mundo. Pero yo... Yo no lo bebo. Ya no. El corazón, la presión... Estoy acabada, hijitos míos.

EVA. Descuide, una copita no le hará daño.

TÍA MERY. No, qué va, lo único que desea ahora mi cuerpo es un baño tibio. Es el único placer que le queda a una mujer vieja.

EVA. Qué vieja ni vieja...

TÍA MERY. Y con bastante espuma, Katka. Me encanta bañarme con espuma perfumada.

KATKA. (*Al oído de Ilia.*) Ilia, ella quiere bañarse, y el calentador no funciona.

ILIA. Mamá sabe cambiar los fusibles.

TÍA MERY. (*Levanta una maleta.*) Si no tienen jabón, yo traje. Para ustedes también. De olor. Lavándula pura.

EVA. Entonces, ¿no va a tomar una copita?

TÍA MERY. Alma mía, ¿por qué me tratas de usted? Tutéame, llámame Mery.

EVA. ¿Es como decir aquí Mariíta, verdad?

TÍA MERY. Y tú eres Evelyn, ¿verdad?

EVA. Qué va, me llamo Eva.

ILIA. Mamá, por favor.

EVA. Ya voy. Hay dos hombres en la casa y ninguno sirve para nada. (*Entra en la cocina.*)

TÍA MERY. ¿Y dónde está Alojz, mi cuñado?

ILIA. Enseguida estará aquí. Fue en la máquina...

TÍA MERY. ¡Oh! ¿Él tiene máquina?

ILIA. Y no cualquiera, un Jaguar.

TÍA MERY. *Mon dieu!* ¿Alojz está tan bien situado?

ILIA. Bueno, no sé cómo explicarle...

TÍA MERY. No es necesario, se ve que no pasan hambre.

ILIA. Es cierto, y tampoco nos bañamos con arena.

TÍA MERY. ¡El muy puerco!

ILIA. ¿Quién?

TÍA MERY. Mi cuñado.

ILIA. ¿Por qué?

TÍA MERY. ¡Él se pasea en un Jaguar y yo, viuda de un soldado, mandándole paquetes durante treinta años!

ILIA. Muy amable de su parte, tía Mery, estoy convencido de que ahora él le pagará todos esos favores.

TÍA MERY. ¿Cómo? ¿Me llevará a pasear en su carro elegante?

KATKA. Tía Mery, cuando guste.

TÍA MERY. Un buen baño, y me sentiré como... ¿Cómo se dice? Como renacida.

KATKA. Pase, por favor.

TÍA MERY. (*Levanta las maletas.*)

ILIA. Las maletas las puede dejar aquí.

TÍA MERY. No. Ya es una costumbre. Mi equipaje siempre tengo que tenerlo a la vista.

ILIA. Bien, como guste. (*Le ayuda con las maletas hasta la cocina.*)

El timbre de la puerta.

Katka va a abrir.

ESCENA SEXTA

Ingeniero Agradecido y los anteriores.

KATKA. Pase, por favor. ¡Ilia, te buscan!

ILIA. (*Sale de la cocina.*) Ah, es usted, ingeniero.

AGRADECIDO. Su suegro ha sido tan amable y...

ILIA. Sí, ya sé. Hablaron por teléfono. Pero pase, siéntese. Katka, por favor, ocúpate de que nadie nos moleste por un ratito.

KATKA. Naturalmente. Sabe, ingeniero, es que tenemos la casa llena de visitas.

AGRADECIDO. No quiero robarles mucho tiempo.

ILIA. (Primero cierra la puerta de la cocina, después la del recibidor.) Bueno, cómo explicarle, ingeniero. Vamos directamente al grano. *In medias res*. Por lo pronto no hay nada seguro.

AGRADECIDO. ¿Y cuándo? ¿Cuándo se decidirá el asunto?

ILIA. Le aseguro que muy pronto.

AGRADECIDO. No sé si usted conoce mi situación, pero estoy realmente desesperado.

ILIA. Lo sé, pero le aseguro que en esta situación no se encuentra ni solo ni abandonado. La mía no es nada mejor.

AGRADECIDO. Pero es que nosotros somos ya cinco en el mismo apartamento donde antes vivíamos sólo mi madre y yo.

ILIA. Sí, claro. Una situación nada envidiable.

AGRADECIDO. Se lo diré abiertamente: si esto se prolonga por mucho más, mi mujer y yo acabaremos por enfermarnos de los nervios. Le suplico, arquitecto...

ILIA. Si dependiera exclusivamente de mí, puede estar convencido que le hubiera resuelto hace rato. Hasta ahora he hecho todo lo que ha estado a mi alcance y, naturalmente, en lo sucesivo será igual.

AGRADECIDO. Su señor suegro me insinuó... Yo sé que... (Saca del bolsillo un sobre y, con

mucha torpeza, lo introduce en el bolsillo de Ilia.) Sé muy bien que esta gestión implica una serie de gastos.

ILIA. Por favor, ingeniero...

AGRADECIDO. Lo sé. Seguro que tiene gastos.

ILIA. No es necesario, realmente...

AGRADECIDO. También sé que mañana tiene que viajar a Praga para realizar gestiones. Me imagino muy bien cuánto se gasta en un viaje así.

ILIA. ¿A Praga? Sí, es verdad...

AGRADECIDO. Sólo le pido encarecidamente una cosa...

ILIA. Le di mi palabra que uno de los apartamentos de la próxima entrega será para usted.

AGRADECIDO. No tengo motivos para no creerle a usted personalmente, aunque en los últimos seis años ya van ocho veces que me quedo con las manos vacías.

ILIA. Mire, ingeniero, en mí tiene una garantía. Si tuviera que renunciar a mi propio derecho en el escalafón —lo cual espero que no sea necesario—, lo haría con gusto con tal de resolverle a usted.

AGRADECIDO. Sé que usted es sólo uno de los miembros de la junta de la cooperativa de

viviendas, pero cuando al fin me mude a ese apartamento, créame que aunque tuviera que dormir seis meses sobre el piso pelado, no quedaré en deuda con ninguno de los demás miembros.

ILIA. ¡Ingeniero! Le ruego que no hable más de eso.

AGRADECIDO. Sabe, cuando paso todos los días junto a esos edificios nuevos y miro las banderas de pañales en los balcones, me parece casi imposible que un día yo pueda hacerlo también...

ILIA. ¿Qué? ¿Tender banderas de pañales?

AGRADECIDO. ¡Dios me libre! Tenemos tres críos, pero, afortunadamente ya ninguno es de pañales.

ILIA. ¿Hembras?

AGRADECIDO. Yo no tengo la culpa.

ILIA. ¿Cómo se las arregla?

AGRADECIDO. ¿Para tener tres hembras?

ILIA. No, eso no. Yo también tengo una. Me refiero a que cómo encuentran el tiempo para hacer todas las cosas. Teniendo tres, cuando nosotros, con una sola, a veces estamos a punto de volvernos locos.

AGRADECIDO. Es porque es la primera. A todo el mundo le pasa así. Con las siguientes los

procesos se automatizan. Por la mañana, a las cinco, la más pequeña hace las veces del despertador. A ella la lleva mi mujer al círculo. Yo llevo a la del medio al jardín. Y la mayor, que ya está en el primer grado, va a la escuela sola. La escuela, el seminternado, el jardín, el círculo... Ésa es la parte más llevadera de la vida cotidiana. El infierno comienza por la noche, cuando nos encontramos todos juntos en el espacio reducido de una habitación de cuatro metros por cuatro. ¿Se lo imagina?

ILIA. Sí, vivamente. Usted se merece que le impongan una medalla por heroísmo y coraje.

AGRADECIDO. No diga eso. No son más que palabras. La comisión estatal de población y qué sé yo cuántas comisiones más nos alientan y nos hacen promesas.

ILIA. En los últimos dos o tres años, sin lugar a dudas, las cosas han mejorado mucho.

AGRADECIDO. Tal vez, sólo que yo sigo atascado en el mismo lugar. Imagínese, arquitecto, cada vez que leo en los periódicos esos artículos, estoy a punto de pescar un infarto.

ILIA. Una última pregunta para detallar. Las mayores discusiones se forman a la hora de la asignación de los apartamentos en los pi-

sos altos y en la planta baja. Si tuviera que decidir por usted...

AGRADECIDO. Me conformo hasta con el sótano, lo importante es que sea habitable.

ILIA. Eso no. Eso seguro que no. Usted tiene derecho...

AGRADECIDO. No quiero oír hablar de derechos. Ya no exijo que se respeten mis derechos, sólo pido encarecidamente...

El timbre de la puerta.

KATKA. *(Sale corriendo de la cocina.)* ¡Ya voy!

AGRADECIDO. Bien... Me marchó. Seguramente tienen mucho que hacer

ILIA. Sí, pero le ruego sea tan amable y me apunte en un papel su teléfono. El de la casa y el del trabajo. Es por si se presentara algo con urgencia.

AGRADECIDO. Por supuesto.

ILIA. *(Le entrega una hoja de papel.)*

ESCENA SÉPTIMA

Alojz, Miki, Vlasta y los anteriores.

KATKA. *(Desde el recibidor, con entusiasmo.)*
¡Hola, Miki! ¡Qué sorpresa! ¡Ilia, mira quién llegó! *(En la puerta aparece Miki Benedik, hermano de Ilia. Viste el uniforme de servicio militar. Detrás de él entra Vlasta, algo más joven que Katka, y, por último, Alojz.)*

ILIA. ¿Miki? ¿Y tú qué haces aquí, soldado? *(Abre la puerta de la cocina.)* ¡Mamá, mira cuánto verdor ha entrado en esta casa!

EVA. ¡Miki! ¡Hijito! *(Se abrazan.)*

ALOJZ. *(A Eva.)* ¡No lo puedo creer! ¡Así que yo matándome por la carretera, y tú estás aquí!

KATKA. *(A Vlasta.)* Nosotras no nos conocemos.

MIKI. Mamá, ésta es Vlasta.

VLASTA. *(Le tiende la mano a Eva.)* Mi nombre es Vlasta Procházková.

EVA. ¿Vlasta?

MIKI. Figúrate, es de Breclav.

ILIA. ¿Ustedes vinieron con Alojz?

MIKI. Bueno, vimos un Jaguar rondando la casa...

ALOJZ. La suerte fue que los vecinos me dijeron que la señora Benediková se había marchado con un señor.

ILIA. (*Abraza al hermano.*) Anda, bandido, ¿sabes que este uniforme te queda muy bien?

VLASTA. (*A Miki.*) ¿Lo oyes? Y él se pasa la vida añorando la vida de civil.

EVA. Miki, ¿y tú te fuiste a casa?

MIKI. Sí, parece que nos cruzamos en la estación de trenes. Nosotros llegábamos y tú partías.

ALOJZ. Por principio nunca recojo a nadie que me pide botella, pero este muchacho vestido de soldado me pareció un poco conocido.

ILIA. Así que nuestro ejército paseó en un Jaguar. ¿Más cómodo que en un camión, no te parece?

MIKI. Bueno, depende...

EVA. ¡Dios mío, muchachos! (*Se pone a contar a los presentes en la sala.*) Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

AGRADECIDO. No, por favor, a mí no. No soy miembro de la familia. Sólo estoy aquí de casualidad.

ALOJZ. (*Le tiende la mano a Agradecido.*) Buenas noches, ingeniero. Espero que se hayan puesto de acuerdo.

ILIA. Claro que sí.

ALOJZ. Este yerno mío es más bueno que el pan. No quiere nada para sí, todo para los demás.

MIKI. (*A Agradecido.*) ¡No lo creo! ¡Estoy soñando!

AGRADECIDO. Pues no, es cierto.

MIKI. ¡Hola, reservista! ¿Qué haces aquí?

AGRADECIDO. ¡Salud, vigilante! Qué casualidad...

ILIA. ¿Cómo? ¿Ustedes se conocen?

AGRADECIDO. El mes pasado participé en unas maniobras. Fui asignado a la compañía de él. Estuvimos todo el tiempo juntos.

MIKI. Por lo menos unas diez noches.

AGRADECIDO. Él como vigilante, y yo, como su ayudante.

ALOJZ. Por supuesto, en la vida militar todo es al revés.

MIKI. ¿Y qué haces aquí, reservista?

ALOJZ. Pero, muchacho, ¿qué reservista ni reservista? Es el ingeniero Agradecido.

MIKI. Perdona, pero en todo ese tiempo no me dio por averiguar tu nombre.

AGRADECIDO. ¿Y puedes creer que a mí tampoco el tuyo?

MIKI. Pero no la pasaste mal en mi compañía, eso tienes que confesarlo ante testigos.

EVA. Dios mío, Miki, ¿te dieron pase? Me escribiste que no te lo iban a dar.

VLASTA. ¿En una ocasión así? Cuando nuestros jefes se enteraron que el soldado Benedik tenía una invitación al Castillo de Praga...

EVA. ¿Los jefes de ustedes?

MIKI. Vlasta trabaja en nuestra unidad como enfermera.

ILIA. Entonces ahora ya me explico por qué te gusta tanto el servicio militar. En compañía de una enfermera así...

ALOJZ. (Con curiosidad, toma de la mesa la botella intacta de vodka.) ¿Y esto qué es?

EVA. Vodka extra.

ALOJZ. No me digas. ¿De veras? Dice la gente en la calle que pronto va a entrar en vigor la ley seca. Y no sólo aquí. Imagínense que en algunos distritos ya está prohibido vender bebidas alcohólicas antes de las once de la mañana. Les digo que una medida así podría provocar la bancarrota del tesoro estatal.

EVA. En cambio nosotros debíamos brindar al fin. Ilia, llena las copas. Tantos conocidos nuevos... Si fueran a brindar todos con todos, nos llevaría un buen rato.

ALOJZ. (Valorando con ojos de experto el contenido de la botella.) Si, alcanzará para todos.

EVA. ¡Dios mío! Se me olvidaba. Todavía no estamos todos.

KATKA. Falta la tía Mery.

ALOJZ. ¿Dónde está?

EVA. En la bañera.

ALOJZ. ¿Cómo?

ILIA. Llegó junto con mamá.

ALOJZ. ¿Y qué hace en la bañera? ¿Se está bañando con agua fría?

EVA. No, no te preocupes.

ALOJZ. ¿Y el calentador?

KATKA. Ya está funcionando. Está funcionando todo lo que no funcionaba en esta casa.

EVA. Y eso que sólo llevo aquí un ratito. Ven, te voy a enseñar cómo se cambian los fusibles.

KATKA. Vlasta, venga usted también. A lavarse las manos después de un viaje tan largo. Tenemos un lavamanos libre.

MIKI. ¿Ya están organizando el partido de las damas?

KATKA. No temas por ella. Te la devolveremos intacta.

MIKI. ¡Vlasta! No vayas a hablar boberías delante de ellas...

ILIA. Vaya, vaya... Cuántas novedades.

MIKI. ¿Qué novedades?

ILIA. Nada, no he dicho nada, hermanito... Oye, ¿sabes que duermo más tranquilo desde que tú estás cuidando la frontera?

MIKI. Déjate de palabrerías, a ti el servicio te espera todavía.

ILIA. A mí ya no, Miki. A mí no.

MIKI. ¿Cómo que no?

ILIA. Lo que sucede, hermanito, es que me conseguí el carné azul.

MIKI. No te creo.

ILIA. ¿Lo quieres ver?

MIKI. ¿Y se lo dieron a un cuadro tan preparado y saludable como tú?

ILIA. ¿No lo crees?

MIKI. Tendría que verlo con mis propios ojos.

ILIA. Todavía te queda mucho por ver en esta vida. *(Sale al recibidor.)*

AGRADECIDO. *(Aprovechando la oportunidad de estar solo con Miki.)* Escucha, amigo...

MIKI. ¿Qué haces tú aquí en realidad? ¿En casa de Ilia?

AGRADECIDO. Estoy aquí por lo de la vivienda.

MIKI. ¿Nuestro Ilia reparte viviendas?

AGRADECIDO. No tanto como eso. Pero es miembro de la junta de la cooperativa de viviendas.

MIKI. Sabe arreglárselas en la vida.

AGRADECIDO. Escucha, tú eres mi amigo. Háblale. Yo no puedo. Tú eres su hermano.

MIKI. ¿Qué debo decirle?

AGRADECIDO. Que hoy no tenía más para darle. Te lo juro.

MIKI. No te entiendo.

AGRADECIDO. Eso que le di lo tuve que pedir prestado. Tú no lo sabes todavía, pero cuando uno tiene tres hijos, parece que el dinero se le escurre entre los dedos.

MIKI. ¿Cómo? ¿Él paga por ti las cuotas o qué?

AGRADECIDO. No. Las cuotas las pagué hace tiempo. Pero él me va a resolver.

MIKI. ¿Y por eso le diste dinero?

AGRADECIDO. ¡Chis! ¡Habla bajito!

MIKI. ¿Y él lo aceptó?

AGRADECIDO. Madre mía, tú no entiendes nada. Hace siete años que estoy esperando que me den vivienda.

MIKI. ¿Cuánto le diste?
AGRADECIDO. No mucho.
MIKI. ¿Qué quiere decir «no mucho»?
AGRADECIDO. Pero cuando tenga ya la vivienda, saldará con él esta deuda. Sabes, él tiene muchos gastos con estas gestiones.
MIKI. Conque nuestro Ilia...
AGRADECIDO. Mañana tiene que viajar a Praga.
MIKI. Oye, reservista, ¿qué cuento te ha hecho mi hermano?
AGRADECIDO. Que tiene que viajar a Praga.
MIKI. Toda la familia va a Praga.
AGRADECIDO. ¿Toda?
MIKI. Sí, sólo que no por lo de tu casa. Nosotros vamos para recibir el título de Héroe del Trabajo por nuestro difunto padre, cómo se dice...
AGRADECIDO. *In memoriam.*
MIKI. Eso es.
ILIA. (*Aparece en la puerta, el carné azul en la mano.*) ¿Ahora me crees, Miki? (*Se lo entrega al hermano.*)

Miki se queda por un instante como abstraído, mira al hermano, después a

Agradecido, y sólo después se pone a examinar el documento.

AGRADECIDO. (*A Ilia.*) Bueno, entonces yo me marchó, arquitecto. Hasta la vista. Aquí le dejo mis teléfonos.
ILIA. Puede estar tranquilo, ingeniero.
AGRADECIDO. (*Sale. Ilia lo acompaña.*)
Miki se queda solo, con el carné azul del hermano en la mano.
ILIA. (*Regresa con aire triunfal.*) ¿Ahora ya me crees?
Miki coloca el carné sobre la mesa.
ILIA. Te quedaste mudo, ¿verdad?
MIKI. Ciertamente.
ILIA. Eres un bribón, pero te juro que este uniforme te queda como pintado.
MIKI. ¿Tú crees?
ILIA. Seguro.
MIKI. ¿Ilia?
ILIA. ¿Quién es esa hembra que trajiste contigo?
MIKI. Vlasta es una buena muchacha.
ILIA. ¿Es tu novia?
MIKI. Bueno, digamos.

ILIA. No está mal. ¿Cuántos años tiene?

MIKI. ¿Años?

ILIA. ¿No será mayor que tú?

MIKI. Aunque no lo creas, no sé.

ILIA. Naturalmente, eso es muy propio de ti. Amor a primera vista. El soldadito de Eslovaquia extrañaba a su mamita en Breclav, y por eso se buscó una buena hembra que lo consolara.

MIKI. No fue así del todo.

ILIA. ¿Y cómo?

MIKI. Ya verás... O, mejor dicho, tú no verás nada.

ILIA. Seguro que no.

MIKI. Escucha, Ilia, tienes que haber hecho tremenda trampa.

ILIA. ¿De qué estás hablando?

MIKI. De tu carné azul que te libera del servicio militar.

ILIA. Ah, amiguito, la vida es un jardín por el que hay que saber caminar.

MIKI. ¿Cuánto te costó?

ILIA. ¡Cómo!

MIKI. ¿A quién tuviste que sobornar?

ILIA. Vamos, vamos, ¿para qué esas palabras fuertes?

MIKI. Sobornaste a alguien. Le diste a alguien un sucio soborno, igual que te lo acaba de dar a ti ese pobre diablo hace un ratico.

ILIA. *(Se queda hecho de una pieza.)* ¿Qué dices?

MIKI. ¿Ilia?

ILIA. ¿Qué tonterías estás diciendo?

MIKI. Él me lo dijo.

ILIA. ¿Quién?

MIKI. Ese reservista.

ILIA. ¿Qué te dijo?

MIKI. Que no tenía más en casa. Y que eso que te dio ahora lo tuvo que pedir prestado.

ILIA. *(Después de una pausa.)* Eso es un asunto de él.

MIKI. ¡Por Dios, Ilia!

ILIA. ¿Quiere una vivienda, no?

MIKI. ¿Y tú qué? ¿Tú puedes ayudarlo en eso?

ILIA. Puedo.

MIKI. ¿Y permites que te paguen por eso?

ILIA. ¡No grites!

MIKI. Ilia...

ILIA. No hagas un drama de esto. No tiene sentido.

MIKI. Pero ese pobre diablo tiene tres hijos en su casa.

ILIA. Ya te dije. Es un asunto de él.

MIKI. De él... ¿Y tuyo no?

ILIA. Escucha, Miki en definitiva, ¿por qué te metes en este asunto?

MIKI. Y yo que pensaba que mi hermano...

ILIA. Te suplico que no te pongas a darme lecciones de conducta. La casa está llena de gente. Ocupate de las mujeres, por favor. Te aseguro que con ellas tendrás más éxito.

MIKI. ¡Ilia!

ILIA. Por cierto, ¿tienes idea ya de cómo haremos mañana?

MIKI. ¿De qué estás hablando?

ILIA. Del viaje a Praga. ¿Tú piensas ir con ella? ¿Con Vlasta?

MIKI. ¿Crees que no nos dejarán pasar?

ILIA. Bueno, a ti sí. A los parientes más cercanos, sí. Sólo que nosotros, es decir, mamá,

Katka y yo, vamos en el automóvil. ¿Buen carro, verdad?

MIKI. De plata, a primera vista. Pero se quedó tres veces parado por el camino. Me pareció que tu señor suegro no entiende mucho de carros.

ILIA. ¡Qué va a entender! Lo saca del garaje una o dos veces al año. Y para colmo, a mamá se le ocurrió llevar consigo a un tal tío Vaña.

MIKI. ¿A quién?

ILIA. Es un hermano de aquel Ilia.

MIKI. ¿Del que está enterrado cerca de Cremosné?

ILIA. Y mi suegro dice que hay que llevar también a la tía Mery.

MIKI. Pobre papá. Seguro que no sobreviviría esto.

ILIA. Mamá dice que si estuviera vivo, seguramente hubiera inventado algún pretexto fidedigno y se hubiera disculpado hasta con el propio presidente con tal de no tener que asistir.

MIKI. ¿Ilia?

ILIA. ¿Qué?

MIKI. Vamos a hablar como hermanos de verdad.

ILIA. ¿Y cuándo no hablamos así?
MIKI. Ese dinero...
ILIA. Ya te dije: déjame en paz.
MIKI. ¡Es dinero adquirido por estafa!
ILIA. ¡No grites!
MIKI. ¿No te quemará?
ILIA. ¿Qué tonterías estás diciendo?
MIKI. Mañana, en Praga. Cuando pronuncien el nombre de nuestro padre... ¿Ilia, tú pretendes recibir con esas mismas manos con las que recibistes el soborno de cinco mil coronas, el título de héroe de papá?
ILIA. Por favor...
MIKI. ¿No te temblarán esas manos?
ILIA. *(Extiende un brazo delante del hermano y contempla primero su mano y después a Miki.)* ¿Puedes creer que no? Mira, no tiemblan ni un poquito. *(Afuera oscurece. Desde la calle llega el sonido de la sirena de una ambulancia.)*

ACTO SEGUNDO

El escenario permanece sin cambios. El tiempo de la obra continúa exactamente donde se había detenido antes de la pausa: Miki e Ilia en la misma posición, uno frente al otro.

ESCENA PRIMERA

Ilia y Miki.

ILIA. *(Cuando se aleja el sonido de la ambulancia, con el brazo extendido delante del hermano en señal de seguridad de sí mismo, hace un amplio gesto en dirección a la ventana.)* ¿Viste? La verdad es que tienes una suerte inaudita. Si esa sirena hubiera seguido aullando sólo un segundo más, me hubiera puesto a temblar para cumplir tu deseo.

MIKI. ¿Será posible que no hayas cambiado?

ILIA. Tú tampoco te has vuelto más juicioso.

MIKI. Conque para ti volverse juicioso significa...

ILIA. Mira, Miki, ¿qué sabes tú de la vida?

MIKI. ¿No te parece que llevas ya demasiado tiempo metiéndome miedo con la vida?

ILIA. Porque tú piensas como un niño.

MIKI. Es posible. Porque yo, a diferencia de ti, aún no me he graduado en la universidad.

ILIA. Vaya, vaya. Un héroe con complejos. Pero tú hubieras podido entrar en la universidad.

MIKI. Sí, hubiera podido...

ILIA. Todo estaba resuelto: la carrera, la beca... Sólo que nuestro Mikito había perdido las ganas de estudiar.

MIKI. Tú sabes bien cómo fue.

ILIA. Exactamente como te estoy diciendo.

MIKI. Yo no pedí a nadie que me ayudara.

ILIA. Tú no, pero mamá y yo nos mandamos a correr enseguida después del entierro de papá.

MIKI. No lo sabía.

ILIA. Pues entonces te lo estoy comunicando ahora.

MIKI. ¿Mamá? ¿De veras? Y sin embargo, fue precisamente por ella que yo...

ILIA. ¿Qué?

MIKI. No quise seguir estudiando.

ILIA. Tonto.

MIKI. Se quedó sola.

ILIA. De todas formas no estás con ella, te fuiste a cien kilómetros de Bratislava.

MIKI. No, quiero decir, sola con la pensión que le asignaron después de la muerte de papá.

ILIA. ¿Así que por eso? ¿Tenías miedo vivir del estipendio?

MIKI. Te olvidas que sé muy bien cuánto dinero te mandaban ellos durante los cinco años de tus estudios.

ILIA. Pero de alguna manera te hubiéramos ayudado a ti también.

MIKI. ¡No me digas! ¿Tú? ¿Con cuánto me hubieras ayudado todos los meses?

ILIA. ¡Héroe! ¡Te las estás dando de tremendo héroe con ese uniforme!

MIKI. ¿Yo? ¿Acaso soy yo quien está diciendo palabras grandilocuentes?

ILIA. ¿Palabras grandilocuentes?

MIKI. Sí, me estás hablando como a un recién nacido, que ustedes me hubieran...

ILIA. Puedes vivir convencido de que yo sí.

MIKI. Y sin embargo sé bien que siempre estás sin dinero, que ya le quitaste a mamá hasta lo que teníamos guardado para mandar a hacer una lápida en la tumba de papá.

ILIA. ¡Una lápida! ¡Por favor! ¡No seas ridículo! ¡Una lápida! Una lápida para nuestro pa-

dre. El pobre, toda la vida ha sido tan modesto que era hasta increíble, y ahora ustedes quieren rodearlo de mármol. Mientras estaba vivo, nunca lo oí hablar de la muerte, pero estoy convencido de que si llega a sospechar que iba a morir tan inesperadamente, nos habría ordenado terminantemente: incinerar y dispersar las cenizas.

MIKI. ¿Para qué quieres ese dinero?

ILIA. ¿Tienes miedo de que no te devolveré tu parte?

MIKI. Sabes bien que no soy así.

ILIA. Por Dios, Miki, comprende: dejar morir el dinero en un trozo de hormigón en el cementerio es más que un pecado, y mucho más en un momento en que ese dinero puede ayudarnos tanto.

MIKI. No te entiendo. ¿Qué ayuda necesitas tú?

ILIA. ¿Qué ayuda? ¡Vaya pregunta! ¿Acaso no ves cómo estamos viviendo?

MIKI. ¿Qué te falta para ser feliz?

ILIA. Mira, hermanito, vamos a hablar como dos hermanos de verdad.

MIKI. Tienes una mujer buena, una niña saludable, un techo sobre la cabeza...

ILIA. ¿Esto? ¿Esto es para ti un techo? ¿Acaso sabes lo que es vivir dos familias bajo un mismo techo?

MIKI. Por lo menos pagas menos alquiler.

ILIA. Pero, en cambio, tengo que oír a mi suegro quien me recuerda en cada cobro que él, como capitán en un restaurante, gana cuatro veces más que yo con mi título de arquitecto.

MIKI. Y tú quieres superarlo.

ILIA. No, pero ¿dónde está entonces la justicia? ¿Dónde, hermanito?

MIKI. Esa vivienda la hubieras podido tener hace ya bastante tiempo.

ILIA. Ahora no estoy hablando de la vivienda.

MIKI. Sólo que tú la cedes cada vez que te la asignan, como bueno que eres, por unos cuantos miles de coronas. Ilia, ¿para qué quieres tanto dinero?

ILIA. ¡Cielos! ¡Me vas a volver loco! ¿Me voy a acostar en el piso en esa vivienda vacía? ¿Y voy a coger tranvía todos los días para ir y regresar del trabajo?

MIKI. Mucha gente lo hace y no le importa.

ILIA. Pero a mí sí me importa. ¿Entiendes? No me da la gana apretarme, con la lengua afuera, en la puerta del tranvía, mientras

otros muchos me pasan a gran velocidad en sus automóviles propios.

MIKI. Es un argumento extraño.

ILIA. No es nada extraño. ¿Cómo es posible que otros puedan tener automóviles, casas de campo, viviendas lujosas y qué sé yo cuántas cosas más? ¿Por qué yo no voy a poder tener todo eso? ¿Soy acaso peor que los demás? ¿Acaso trabajo menos? ¿No doy mi aporte a la sociedad? ¡Si no hago más que trabajar y trabajar!

MIKI. Con la diferencia de que esos otros llevan trabajando para la sociedad mucho más tiempo que tú.

ILIA. No todos.

MIKI. ¿No te parece que quieres lograr ese bienestar con el que sueñas a una velocidad cósmica?

ILIA. La vida, hermanito, es demasiado corta para poder permitirnros velocidades más bajas.

MIKI. En resumen, tú estás decidido...

ILIA. Vivir en este hermoso mundo como debe vivir el ser humano y no tener que esconderme tras la cortina de la ventana para mirar con envidia cómo mis colegas no encuentran por la mañana un sitio libre para parquear

sus carros frente al instituto. Sólo quisiera que vieras eso. ¡Qué clase de carros!

MIKI. En tanto, tu Jaguar sigue encerrado bajo siete candados.

ILIA. No es mío y, además...

MIKI. Entre nosotros, hermano, ¿tú no te habrás casado con Katka por ese Jaguar?

ILIA. Por favor...

MIKI. ¿Es cierto que tu señor suegro no te ha confiado el timón ni una sola vez?

ILIA. Que se coma su Jaguar. Que lo encierre bajo cuantos candados le dé la gana. Yo tengo en perspectiva un carro que la plata del Jaguar de mi suegro se sonrojará de la rabia al lado de él.

MIKI. ¿Cuánto te va a costar?

ILIA. No mucho.

MIKI. O sea...

ILIA. Lo único que puedo decirte es que será una compra muy ventajosa.

MIKI. No sabía que también se podía adquirir un carro a cambio de un apartamento.

ILIA. (*Tratando de contenerse.*) Te aseguro que cualquiera otro en mi lugar te hubiera propinado una buena bofetada. Tu problema es que nuestro difunto padre te llevaba

siempre demasiado suave.

MIKI. Tú tampoco te puedes quejar.

ILIA. Además, te las das de gran inquisidor.
¿Con qué derecho te pregunto?

MIKI. Pensé que éramos hermanos.

ILIA. Sí lo somos, pero...

MIKI. Entonces, como hermanos, podemos decirnos las cosas.

ILIA. Tienes razón. Pero al mismo tiempo, como hermanos, también podemos...

MIKI. Escucha, Iliá, cuando lo tengas todo: carro, vivienda, casa de campo, perro, yate, en fin, todos los lujos, ¿que harás entonces?

ILIA. Mira, Miki, lo que tú necesitas es que te reconozca un psiquiatra y te dé un tratamiento. Esto no es normal. Con los años que tienes, tu actitud no puede calificarse sino de infantilismo. ¡Pensar de esta manera!

MIKI. Ya te dije que no tengo título universitario.

ILIA. Déjate de complejos.

MIKI. Aunque es cierto que no se necesita título universitario para saber diferenciar...

ILIA. ¿Diferenciar qué?

MIKI. Lo que es moral y lo que es inmoral.

ILIA. ¡Hu, hu, hu! Así asustamos a nuestra pequeña Eva.

MIKI. ¡Iliá!

ILIA. ¡Baja la voz, la casa está llena de gente!

MIKI. Iliá, nuestro difunto padre...

ILIA. ¿Qué tienes hoy con él?

MIKI. Mañana... Estoy seguro que mañana se dará vuelta en la tumba.

ILIA. Vaya, vaya... Un joven que dice ser ateo.

MIKI. ¿De veras que no te temblarán las manos? Habrá un discurso. Hablarán del honor y del heroísmo.

ILIA. ¿Eso te lo enseñan en los círculos políticos?

MIKI. Iliá, hace sólo un año que papá murió, pero él toda la vida... Bueno, tú sabes bien qué significaba para él el honor. El honor de su apellido sin mancha.

ILIA. ¡Bravo! Si consideras que yo mancharé ese apellido con mi presencia en el acto solemne de la condecoración *In memoriam*, no tengo que ir.

MIKI. ¿No te parece que ese honor quedó manchado en el mismo momento en que aceptaste ese dinero de un hombre tan necesitado.

ILIA. ¡Miki! Yo no superviso tu dinero. ¿Y mañana? Bien, ve tú solo. ¡El escudo limpio de la familia! Te daré papel de lija. Puedes lustrar todos los botones del uniforme

y todas tus medallas para que brillen bastante.

MIKI. Ahora me parece que de todas maneras te tiembla un poco la voz.

ILIA. En cuanto a ese dinero... Si se te ocurre decir siquiera una sola palabra, te...

MIKI. ¿Qué me vas a hacer?

Ilia hala a Miki hacia sí. Un momento de tensión. Se rompe el cristal de la puerta de la cocina.

ESCENA SEGUNDA

Eva, Alojz, la tía Mery y los anteriores.

ALOJZ. Caramba, pero ¿qué es esto?

EVA. (Grita.) ¡Miki!

ILIA. (Suelta al hermano.)

MIKI. Es interesante. Somos dos, pero mamá siempre me regaña a mí.

ILIA. Y sin embargo, sólo estábamos comprobando cuál de los dos tiene los bíceps más fuertes. Una vieja costumbre entre hermanos. Lo hacemos cada vez que pasamos algún

tiempo sin vernos. Así cada uno de nosotros puede comprobar sus condiciones físicas.

ALOJZ. Como dos pendencieros. ¿No les parece que ya es hora de ir eliminando esas costumbres infantiles?

TÍA MERY. ¡Oh, un soldado! *Mon dieu!* ¡Igualito que el mío!

ALOJZ. (A Miki y a Ilia.) Nuestra tía Mery también tuvo un hijo soldado.

MIKI. ¿Y ya no lo tiene?

TÍA MERY. Lo mataron. Salvajes. Lejos, en la jungla, en algún lugar de Cambodia.

MIKI. ¿Y qué hacía allí?

TÍA MERY. *Mon dieu!* Era soldado. Igual que tú, guapo. Igualito que tú.

ALOJZ. Sí, sí. La guerra es la guerra. En ella no hay elegidos.

TÍA MERY. Evelyn, dale las gracias a los cielos por tenerlos en casa a los dos.

EVA. Bueno, no tanto como en casa...

TÍA MERY. No hay nada que hacer: ustedes viven en la mejor mitad del mundo.

MIKI. Sólo que eso no es tanto gracias a los cielos como...

TÍA MERY. Si no a los cielos, no sé a quién.
Soy una mujer simple. No me meto en la política.

ALOJZ. Lo único que te faltaría para ser feliz.
Meterte en la política.

TÍA MERY. *Mon dieu!* ¿Dónde está mi equipaje?

ALOJZ. ¿Tu equipaje? Ya ves, por poco se nos olvida. Debes desempaquetar tus cosas y acomodarlas. (*Se va a la cocina.*)

TÍA MERY. (*A Ilia.*) ¿Y tú? ¿Cuándo serás oficial?

ILIA. ¿Yo?

EVA. Es que él...

TÍA MERY. Comprendo... ¿Enfermo? Pobrecito. Yo también quise... Bueno, hacer un... cómo se dice... una trampa. Pero en nuestro país cuesta mucho dinero.

ALOJZ. (*Con las maletas en las manos, desde la puerta de la cocina. A la tía Mery.*) Ven... Aquí está tu equipaje. Seguro que sólo estas maletas te costaron la mitad del precio del pasaje. (*Entrega una maleta a Miki.*)

MIKI. ¡Madre mía! Esto pesa más que la mochila con la ametralladora.

ALOJZ. (*Deja pasar a la tía Mery al dormitorio.*) No va a venir del otro extremo del mundo con las manos vacías, ¿no?

EVA. (*Se queda sola en la sala con los hijos.*)
¿Ese dormitorio lo cierra con llave siempre o sólo cuando estamos aquí nosotros?

ILIA. Mamá, por favor...

EVA. No he dicho nada. (*Después de una breve pausa.*) ¿Qué pasó entre ustedes?

ILIA. ¿Cómo?

EVA. Entre ustedes dos.

ILIA. Pero, mami...

EVA. Yo sé leer en las miradas... ¿Miki?

MIKI. Que te lo diga él.

EVA. Ilia, ¿qué pasó?

ILIA. Pero mami, no pasó nada.

EVA. Me están ocultando algo, ¿no es así, Miki?

MIKI. Pregúntale a él.

EVA. ¡Ilia!

ILIA. Nada, sólo que nuestro Miki está hoy demasiado sensible. Y eso se debe bien al uniforme que lleva puesto, bien a la muchachita que trajo consigo.

MIKI. ¡No mezcles en esto a Vlasta!

EVA. Dios mío, Miki. ¿Qué se te ocurrió?

MIKI. ¿A mí?

EVA. Sí, traerla aquí justamente hoy.

MIKI. Si no les parece bastante buena comida para compartir con ustedes...

ILIA. ¿No te digo que está demasiado sensible?

MIKI. ¡Ilia, por favor, cállate!

ILIA. Bien, bien, lo que tú mandes. ¿Debo callar por tu orden o por voluntad propia?

EVA. ¡Basta! O me dicen la verdad, o regreso a casa en este mismo instante.

MIKI. Ilia, hermanito, ¿de verdad que tú quieres quedarte con ese dinero?

ILIA. (*Gritando.*) ¡Ya te dije que no te metieras en mis asuntos particulares!

EVA. ¿Qué dinero?

MIKI. Mamá, nuestro Ilia... Pero que te lo diga él mismo. (*Sale con prisa al recibidor.*)

EVA. ¡Miki! ¡Miki! ¿Adónde vas? (*A Ilia.*) ¿Adónde fue?

ILIA. ¡Qué sé yo! Déjalo. Que se le enfríe la cabeza en el aire fresco.

EVA. ¡Miki! (*Se asoma al recibidor.*) Se fue.

ILIA. No tengas miedo. Seguro que regresa dentro de un rato. Dejé aquí un imán más fuerte que nosotros dos.

EVA. ¡Vlasta! ¿No debiera mandarla tras él?

ILIA. No es necesario.

EVA. Ya iba a poner la mesa. Él tiene que comer con nosotros.

ILIA. Parece que en el servicio se le aflojaron las tuercas.

EVA. ¿De qué hablaba? ¿De qué dinero?

ILIA. No sé, pero no es imposible que se encuentre en una situación similar como yo el año pasado.

EVA. Ilia, no me asustes.

ILIA. Sólo que aquella vez yo hice lo que debe hacer un buen hijo. Te dije: «Mamá, estoy embarcado. Tengo que casarme.» Pero parece que nuestro soldadito no tiene suficiente valor.

EVA. No. No hables así. Estoy segura que Miki no...

ILIA. ¿Quién sabe, mamá? Además, Miki seguro que no trajo a esa muchacha sólo así, de visita.

EVA. Parece una muchacha muy seria. Además, no se le nota nada.

ILIA. Mamá, cuando se note, ya será tarde.

EVA. Las mujeres siempre nos damos cuenta de esas cosas. Y yo digo que Miki...

ILIA. Sí, di lo que ibas a decir: Miki es un hijo ejemplar. Él no sería capaz de hacerme eso.

EVA. Ilia, hijito, ¿tú no estarás celoso, verdad?

ILIA. Por cierto, mamá, ¿qué te parece la niña? ¿Es cierto que ha crecido mucho desde la última vez que la viste?

EVA. Sí, ha crecido...

ILIA. Parece una manzanita. No puede negar que es tu nieta. ¡Y si la vieras con la batica que tú le tejiste! ¡Una muñequita!

EVA. Me alegro.

ILIA. ¿De veras? No lo dices con mucho entusiasmo.

EVA. ¿De qué dinero hablaba Miki?

ILIA. Ah, sí. ¿Todavía estás pensando en eso? Oye, mamá, todo el asunto es una tontería, nada más que eso.

EVA. ¿De nuevo necesitas un préstamo?

ILIA. Precisamente que no. Acabo de cobrar en el trabajo el primer premio.

EVA. ¿Miki te pidió dinero?

ESCENA TERCERA

Vlasta y los anteriores.

VLASTA. *(Desde la puerta de la cocina.) ¡Miki! (Cuando se percata de que Ilia y Eva están solos, cierra la puerta tras de sí y se acerca a ellos.) ¿Dónde está Miki?*

EVA. No sé. Parece que salió.

VLASTA. ¿Se fue?

ILIA. Figúrate, desapareció.

EVA. Ilia, no la asustes.

VLASTA. ¿Así que cambió de idea?

ILIA. ¿De qué idea?

EVA. Dios mío, muchachos...

VLASTA. Bueno... Yo... no sé cómo explicarles...

ILIA. Serénate, Vlasta. Quizás, como estamos sólo nosotros tres...

EVA. ¡Ilia!

VLASTA. No sé si ya están enterados. Porque Miki me prohibió hablar de eso.

ILIA. Lo que es estar enterados, no. Pero tenemos un presentimiento.

VLASTA. Yo nunca lo hubiera pensado de él.

ILIA. En tales asuntos se asume responsabilidad común, Vlasta.

VLASTA. No, en éste no.

EVA. ¿De veras que no?

VLASTA. Es que Miki...

EVA. ¿Qué pasa con Miki?

VLASTA. Miki falsificó el pase.

EVA. ¿Cómo? No comprendo.

ILIA. *(Con aire triunfal.)* ¡Ahí tienes a tu muchacho ejemplar!

VLASTA. Se fugó de la unidad. Mejor dicho, de nuestra enfermería.

ILIA. ¡Qué cosas estoy oyendo!

EVA. ¿Se fugó?

ILIA. Desertó.

VLASTA. Por favor, no hable así. Cualquiera le daría la razón al conocer los motivos. Él tiene muchos deseos de ir a Praga.

ILIA. Pero eso implica unos cuantos días de calabozo.

EVA. No, no puedo creerlo.

ILIA. ¡Mamá, por Dios, ¿sabes tú cómo calificará el fiscal militar esta fuga?!

EVA. Desde el primer momento lo noté extraño. Pero, ¿será posible que no le dieran pase para una ocasión así?

VLASTA. A decir verdad, el jefe se lo iba a dar, pero... no sé si me entiende... en un estado así...

EVA. ¿En qué estado?

Desde la cocina se escucha el ruido de una batidora. Después se apagan todas las luces.

ILIA. ¡Y se acabó! En lugar de crema batida, idilio a la luz de las velas.

KATKA. *(Desde la cocina.)* Vlasta, por favor, ven a ayudarme.

ESCENA CUARTA

Alojz, la tía Mery y los anteriores.

ALOJZ. ¡Ya lo decía yo! ¡Y también el juicio sano! Eva nos encendió todos los efectos eléctricos de la casa, y los fusibles se fueron al infierno.

ILIA. Se fue la corriente en toda la casa.

ALOJZ. Y a lo mejor, en todo el edificio.

EVA. ¡Haberlo dicho antes! Y yo que siempre me preguntaba por qué en esta casa nunca se conectan al mismo tiempo dos aparatos eléctricos.

ILIA. Voy a llamar al encargado.

ALOJZ. Pídele las llaves de la caja de distribución. Los fusibles nuestros están en la primera fila, a la izquierda.

KATKA. (*Desde la cocina.*) Ilia, ¿dónde están las velas?

ILIA. (*Desde el recibidor.*) En el candelabro, sobre el estante.

ALOJZ. ¡Que no se te ocurra encender las velas de adorno!

KATKA. ¿Tienes otras?

ALOJZ. Espera, las buscaré.

TÍA MERY. *Mon dieu*, no nos dejen a oscuras. Tengo un miedo terrible a la oscuridad.

EVA. ¿De veras? ¿Y por qué, Mery?

TÍA MERY. En Norteamérica todas las mujeres temen a la oscuridad.

EVA. No lo sabía.

TÍA MERY. En nuestro país, cuando hay oscuridad, ocurren cosas horribles.

ALOJZ. Pero aquí, en el nuestro, no tienes que temer a nada. Tienes a tu lado a tres caballeros. Por cierto, ¿dónde está el soldado?

EVA. ¿Miki? No sé, salió, pero regresará enseguida.

ALOJZ. (*A Eva.*) ¿Qué hay entre ellos?

EVA. ¿Por qué?

ALOJZ. ¿Tú también me vas a decir que sólo se medían las fuerzas? ¿Por costumbre?

EVA. Por favor, Alojz.

ALOJZ. El más chiquito es un poco...

EVA. ¿Qué?

ALOJZ. Bastante rebelde.

EVA. Son los efectos del uniforme. A ti también te ocurrió, ¿no?

ALOJZ. Bueno, yo...

EVA. Comprendo. Tú tenías...

ALOJZ. Los pies planos. Enfermedad profesional desde la tierna juventud.

EVA. Interesante.

ALOJZ. Y sin embargo, estos pies, aunque no lo creas, han caminado unos cuantos kilómetros en su vida. Si alguna vez alguien lo calculara...

EVA. Tal vez te declararían campeón mundial.

ALOJZ. Pero, volviendo al tema, me llamó la atención cuando veníamos en mi máquina.

EVA. ¿Quién?

ALOJZ. Tu hijo más chiquito.

EVA. Te cuesta trabajo aprender su nombre. Todos lo llamamos Miki.

ALOJZ. Las cosas que decía...

EVA. ¿Qué cosas?

ALOJZ. Fiscalizando nada más.

EVA. El hijo de gato caza ratones. Y eso que no conocías al difunto Tomás.

ALOJZ. La verdad es que heredó de él una cabeza bien dura.

EVA. ¿Te dijo algo ofensivo?

ALOJZ. A mí no.

EVA. Entonces, ¿qué te sucede con él?

ALOJZ. Los jóvenes de hoy son muy autosuficientes. Por cierto, ¿ya está en el Partido?

EVA. Empezó el servicio como joven comunista.

ALOJZ. Seguro que ya lo aceptaron.

EVA. ¿Y qué si lo aceptaron?

ALOJZ. ¡Caballeros! Creo que éste es todavía más inteligente que su hermano mayor.

EVA. No te entiendo.

ALOJZ. En definitiva, tiene razón. Es mejor que se asegure la vida fácil cuando todavía está joven.

EVA. Si te refieres al infarto que pescó en esa vida fácil su padre...

TÍA MERY. Y yo le aconsejaría al muchacho que no se meta en la política mientras es joven. Para los jóvenes está el amor. Que se olvide de la política... Por cierto, Evelyn, tú eres una mujer con una edad envidiable. No te costaría trabajo encontrar a un hombre bueno. A ese muchacho, que es tan terco, no le vendría mal un padre.

EVA. En este país, querida Mery, tenemos un dicho viejo que reza: «Cuando se muere la mujer, queda un hombre casadero. Cuando se muere el marido, queda la viuda.»

ALOJZ. Pero la viuda de un héroe no la pasará tan mal, me imagino. Escucha, Eva, ahora seguro que te asignarán una pensión especial.

EVA. Si necesitas dinero, naturalmente que te lo prestaré.

ALOJZ. No lo dije por eso, Evita.

EVA. Ni yo tampoco, Alojz.

ALOJZ. Escuchen, muchachas, ¿qué pasa con la comida?

EVA. Hay dos mujeres jóvenes en la cocina.
Que muestren lo que saben.

ALOJZ. (A Eva.) Oye, ¿y esa Vlasta? ¿No
hay suficientes muchachas en tu ciudad?

EVA. Imagínate que no.

TÍA MERY. ¡*Mon dieu*, Alojz! Al corazón no
se le puede ordenar. Mi marido, Jurzhevski,
era polaco; yo, eslovaca. Y siguiéndolo a él,
crucé Estados Unidos de un océano a otro.

ALOJZ. Claro, ésa es la lógica femenina. De un
océano a otro. Pero analizando el caso debi-
damente, ¿me entiendes?, al muchacho le
falta todavía un año por cumplir. ¿Sabrán
vivir así...?

EVA. ¿Cómo?

ALOJZ. Bueno, separados, uno sin el otro.

EVA. Pero Alojz, ¿no te parece que te estás
preocupando inútilmente?

ALOJZ. Verdad. Tienes razón. Debemos con-
versar sobre cosas más importantes. Por ejem-
plo, del viaje a Praga mañana. He decidido...

EVA. ¿Tú?

ALOJZ. ¿Acaso no vamos en mi automóvil?
Llevaremos también a la tía Mery. Para que
vea lo que nunca ha visto.

TÍA MERY. ¡*Mon dieu*, Alojz! ¿Que no he vis-
to, dices? ¡Ja! A falta de una, dos veces. Des-

pués de la muerte de mi marido y de mi hi-
jo. En mi casa se presentaron varios genera-
les y *gentlemen* del mismo Capitolio. Aquí,
en el pecho, me prendieron una cinta con
una medalla. La tuve que arrancar apenas
se viraron de espaldas. ¡Me quemaba! ¡Me
quemaba terriblemente!

EVA. Pobrecita. A decir verdad, yo tampoco
sé si podré dominarme mañana.

TÍA MERY. ¿Dominarte? ¿Por qué? Tus hi-
jos están vivos, y tu marido murió en la ca-
sa, entre tus brazos. No lo mataron gente ex-
traña. ¿Dominarte, por qué? Sólo hay una
cosa que no entiendo.

EVA. ¿Qué es, Mery?

TÍA MERY. A los míos tuvieron que matarlos,
a los dos, para darles ese... ¿cómo se llama...?
Esa medalla.

EVA. Es que aquí pensamos que merecen ser
honrados también aquellos que siguieron lu-
chando después de la guerra.

ALOJZ. Así es. Todos estamos luchando. Só-
lo sigo sin saber cómo haremos mañana.

EVA. ¿De qué estás hablando?

ALOJZ. Tú sabes que Ilia quiere que vayamos
a Praga en mi automóvil. Mi Jaguar es gran-
de, pero de todas maneras... bueno, no caben

más de cinco personas. Algunos tendrán que quedarse aquí.

ESCENA QUINTA

Miki, el ingeniero Agradecido y los anteriores.

MIKI. (*Aparece en la puerta del recibidor acompañado del ingeniero Agradecido.*)

EVA. ¡Miki!

AGRADECIDO. Buenas noches.

ALOJZ. ¿Se le ha quedado algo, ingeniero?

AGRADECIDO. No, no. Yo... yo no entiendo nada.

MIKI. Cómo no. Se le ha quedado algo.

AGRADECIDO. (*A Alojz.*) No sé de qué se trata. Me alcanzó en la calle. Y me arrastró de regreso.

TÍA MERY. *Mon dieu!* ¡La puerta abierta! ¡Mi equipaje!

MIKI. ¿Dónde está Ilia?

AGRADECIDO. No entiendo nada.

EVA. ¡Miki! ¿Qué sucede?

MIKI. ¿Ilia no te lo dijo?

EVA. ¿Qué tenía que decirme?

MIKI. ¿Le faltó valor para confesarlo?

ALOJZ. ¿Qué comedia están montando?

AGRADECIDO. ¿Yo? Yo, ninguna.

MIKI. (*Se dirige a la puerta de la cocina.*)
¡Katka! ¿Dónde está Ilia?

ESCENA SEXTA

Katka, Vlasta y los anteriores.

Katka está arreglando los fusibles. Vlasta va a ayudarlo.

Se enciende la luz.

ALOJZ. Ya no hace falta.

MIKI. Es que nuestro Ilia...

AGRADECIDO. ¡Por Dios, amigo, calla!

MIKI. No puedo, si él no tiene fuerzas suficientes. No quiero, ¿me entienden? ¡Todos los que están aquí! ¡No quiero tener a un hermano estafador!

Un momento de consternación general que es interrumpido por el golpe de la puerta de entrada. En la sala entra Ilia.

ESCENA SÉPTIMA

Ilia y los anteriores.

EVA. *(Se lanza hacia Miki.)* ¡Miki! ¿Qué has dicho?

MIKI. ¡Mamá! Tú tampoco quieres. ¡Díselo! ¡Ordénaselo! ¡Aquí, delante de testigos!

EVA. ¿Qué? ¿Qué debo ordenarle?

MIKI. ¡Que le devuelva las cinco mil coronas!

AGRADECIDO. ¡No! *(A Ilia.)* Yo no quiero ese dinero. Se lo suplico, arquitecto. No sabía nada. De verdad que no sospechaba para qué me arrastraba de regreso. Me dijo que usted quería comunicarme algo importante.

MIKI. ¿Puede haber algo más importante en este momento?

AGRADECIDO. Para mí, sí. La vivienda. ¿Comprendes, soldadito? La vivienda... ¡La vivienda!

MIKI. Pero nuestro Ilia es un hombre tan íntegro que te ayudará a conseguirla sin soborno.

EVA. Ilia, ¿es cierto?

MIKI. ¡Hermanito! ¿Debo ponerme de rodillas?

ILIA. *(Le da una bofetada a Miki.)*

ALOJZ. ¡Bravo, bravo! ¡Qué hermanos más bien educaditos! ¡Una familia ejemplar!

EVA. *(Se interpone entre los hijos.)* En cuanto a la educación se refiere, para eso estoy aquí yo.

ALOJZ. Muy bien, sólo que en mi familia la gente no se reparte bofetadas.

ILIA. ¿Y acaso se merece otra cosa que dos bofetadas? ¿Y éste dice ser mi hermano?

MIKI. ¡Devuélvele el dinero, Ilia! Sabes bien que tuvo que pedirlo prestado.

KATKA. ¡Ilia! ¡Las cinco mil coronas! ¡Conque no era un premio!

AGRADECIDO. *(Sigue dirigiéndose a Ilia y a Alojz.)* Por favor, se lo ruego encarecidamente... No sé qué pensarán ahora de mí, pero les juro que no tenía ni la menor sospecha de que él... En fin, no quiero que me devuelva ese dinero. No quiero ni un centavo.

KATKA. ¡Qué asco!

TÍA MERY. *Mon dieu!* No entiendo nada.

ALOJZ. *(A Eva.)* Por lo que veo, mi hija, ese muchacho está chiflado.

ILIA. Y bien chiflado.

MIKI. ¿Quieren declararme loco? ¡Que alguien se me acerque y lo repita!

TÍA MERY. *Mon dieu!* ¿No se irán a... a fajar?

MIKI. ¡A mí nadie más aquí me va a decir lo que yo quiero!

ILIA. ¡Una palabra más, y te voy a partir todas las costillas!

MIKI. ¡Ven! ¡Hazlo! ¡Párteme las costillas! Eso te alivia...! Pero ese dinero tienes que devolverlo si quieres seguir llevando el apellido Benedik.

ILIA. (*Agarra a Miki por los hombros.*)

VLASTA. (*Se interpone entre ambos y separa a Miki de Ilia.*) ¡No! ¡No lo toque en ese lugar! ¡Está vendado! Son heridas recientes.

EVA. ¿Qué?

MIKI. Nada. No es nada, mamá. De verdad que no es nada.

VLASTA. Él me prohibió hablar de esto delante de ustedes.

EVA. ¿Qué heridas?

MIKI. (*Se quita furiosamente la camisa del uniforme y descubre el vendaje.*) ¡Vámonos a golpearlo, hermanito!

EVA. ¿Qué es eso?

VLASTA. Los turistas... A veces vienen también a nuestra ciudad. En carros lustrados, a gastar divisas. En las Pascuas se pusieron demasiado alegres. Ofendían a la gente. Por poco matan al amigo de Miki.

ALOJZ. Conque ésas tenemos... una bronca. Bien decía yo.

VLASTA. Sólo que en esa bronca, como usted dice, le salvó la vida a su amigo.

ILIA. ¿Qué más quieres entonces? Ya has realizado un acto heroico. Te prenderán en el pecho otra medalla más. Y esta fuga te la perdonarán también, te lo aseguro. Sólo que ahora tu honestidad adquiere un sabor amargo. Fugarse con el uniforme puesto no es cosa de juego.

ALOJZ. En mi familia nunca hubo desertores.

MIKI. Es lógico. Usted e Ilia no tenían de dónde desertar.

ALOJZ. ¡Vaya héroe! Por lo visto, más grande que su padre.

EVA. (*A Alojz.*) ¡Basta ya! ¡Ni una palabra más! Eso de que mi esposo sea héroe lo decidieron otros. El camino a ese honor y gloria no tuviste que trillártelo tú con tus pies planos.

ILIA. ¡Mamá!

EVA. He dicho. ¿Y tú? Si eres un hijo digno de tu padre, trata de recordar si alguna vez en la vida lo oíste pronunciar esa palabra. Yo no. Jamás. Pero si mañana... si mañana deben añadir la palabra héroe a su apellido, que llevas tú también hasta este momento, entonces... Tú solo... Tú solo y no otro, tienes que saber lo que debes y tienes que hacer.

KATKA. *(Pone el sobre con el dinero en la mesa, delante de Agradecido.)*

EVA. No sabía que era su dinero, ingeniero. *(Hace un gesto amplio en dirección a Ilia.)*
¡Ilia!

AGRADECIDO. No, por favor, ¡se lo suplico!, no quiero ese dinero. Yo necesito una vivienda. ¿No lo comprenden? ¡Una vivienda!

EVA. *(Permanece con el brazo extendido hacia Ilia.)*

ILIA. ¡Mamá!

EVA. El último tren de la noche sale a las doce en punto. Hasta tanto, si quieres, me encontrarás en la sala de espera o en el andén.

ILIA. Pero si vamos en...

EVA. No. No podría sentarme en esa máquina.

MIKI. *(Abraza a la madre)* ¡Mamá, yo lo sabía!

EVA. *(Con una mano coge a Miki, con la otra a Vlasta, y sale al recibidor. A Miki.)* Tú irás conmigo sólo hasta Breclav. Tienes que regresar a tu unidad y explicarlo todo.

ILIA. ¡Mamá!

ALOJZ. ¡Pero si esto no es más que un malentendido! ¡Todo se aclarará!

AGRADECIDO. *(A Alojz.)* Capitán, se lo suplico. No se lo vaya a explicar mal. Le juro que no tengo en esto ninguna participación.

KATKA. ¡Espérenme! *(Corre a la cocina, después cruza la sala con la niña en los brazos.)*
Nosotras dos también iremos con ustedes.

ILIA. *(La agarra en la puerta.)* ¡Katka! ¡Déjate de locuras!

KATKA. Quisiste engañarme, Ilia. ¿Por qué?

ALOJZ. ¿Y qué? ¿Qué te iba a decir?

KATKA. ¡La verdad!

ALOJZ. Hablas como si ese dinero no te viniera muy bien.

KATKA. Me las podré arreglar sin él.

ALOJZ. ¡Ya te estoy viendo!

KATKA. ¡No quiero!

ALOJZ. ¿Qué? ¿Qué es lo que no quieres?

KATKA. Ir a parar a un manicomio como la pobre mamá.

TÍA MERY. *Mon dieu!* ¡Mi hermana en un
en un manicomio! Y ustedes me dijeron que
estaba en un hospital.

ILIA. Aquí es como un hospital, querida tía
(*A Katka.*) Por favor, Katka, lleva ensegua
da a la niña a la cuna.

KATKA. Ilia, ¿de verdad que tú no serías ca
paz...?

ILIA. ¿De qué?

KATKA. De mantener a tu familia... como otros
hombres honrados...

ILIA. Por favor, Katka, esas palabras fuertes...

ALOJZ. Se le pegaron de tus parientes.

KATKA. (*A Ilia.*) Las ideas de papá no me sor
prenden. Él ya no va a cambiar. Él ve la vi
da sólo a través de la propina. Pero tú...

ALOJZ. ¡No me eches en cara mis propinas!

KATKA. Ilia, no me pidas que siga viviendo
aquí a tu lado. Esto no es vida. Acaparar, en
riquecerse, calcular. Acostarse y levantarse
con la única idea del d'nero.

ALOJZ. ¡Acuesta a la niña!

KATKA. ¡No!

TÍA MERY. *Mon dieu!* ¿Ella quiere irse?
¿Abandonar a su marido? No entiendo nada.

ILIA. ¿Adónde quieres ir?

KATKA. Adonde mamá.

ILIA. ¿Te has vuelto loca?

KATKA. A casa de tu mamá.

ILIA. Ella va a Praga.

KATKA. ¿Tú crees que vaya?

ILIA. ¿Por qué no?

KATKA. ¿Sin ti, Ilia? ¡Por favor!

AGRADECIDO. No, no. No lo haga, se lo suplico.

KATKA. Ingeniero, yo también le suplico.

AGRADECIDO. ¿A mí? No, no...

KATKA. ¿Qué quiere hacer de mi marido?

ALOJZ. Ilia, como hombre y como marido, haz
la callar. O eres una mujercita que se deja
meter miedo.

KATKA. Él no sólo es marido; también es pa
dre e, incluso, también fue hijo.

ALOJZ. Por favor, no me vengas con filoso
fías. No lo resisto. ¡Y acuesta a la niña!

KATKA. Sabes muy bien que no la voy a acos
tar ni aunque se pongan a gritar.

ALOJZ. ¿Gritar? No, por suerte, nosotros dos
todavía estamos en nuestro sano juicio.

Katka sale corriendo.

ILIA. ¡Katka!

ALOJZ. (*Lo detiene.*) ¡Déjala! No se irá lejos.

ILIA. Pero afuera...

ALOJZ. No llegará más allá de la puerta de entrada. En una situación así el hombre no debe perder los estribos. Cuando ella regrese por sí sola, podrás hablar con ella de otro modo que si la hubieras hecho volver a fuerza de ruegos y promesas.

TÍA MERY. ¡Alojz! Pero afuera hay oscuridad. Y el mundo a oscuras significa crimen a cada paso.

ALOJZ. Bratislava no es San Francisco, Mery.

TÍA MERY. Ojalá sea así.

AGRADECIDO. Arquitecto, créame, se lo vuelvo a suplicar. Estoy muy apenado por haberle causado esta situación.

ALOJZ. Y menos mal que lo reconoce, ingeniero. Uno quiere ayudarlo, y usted se comporta como si hubiéramos perpetrado un crimen.

AGRADECIDO. ¿Yo? Le juro que no tengo culpa de nada. Él me alcanzó en la calle y me trajo aquí casi a rastras.

ALOJZ. A rastras o no, ingeniero, estos asuntos son tan delicados que salvo los dos interesados, nadie debe siquiera sospechar, y mucho menos saber...

AGRADECIDO. Comprenda, por favor, me pasé un mes en las maniobras con el muchacho. Tuve la impresión de que nos hicimos buenos amigos.

ALOJZ. En estos asuntos no se puede confiar ni en el propio hermano. Ya ve cómo se desmintió su amigo.

AGRADECIDO. Pero con todo, yo pienso que él no lo hizo con mala intención.

ALOJZ. ¿Qué quiere decir?

AGRADECIDO. Que tal vez él de verdad...

ALOJZ. ¡Ingeniero! Si usted también empieza a pensar así...

AGRADECIDO. No, yo no pienso.

ALOJZ. Debo advertirle que en este caso incurre en el delito tanto el que da como el que acepta.

TÍA MERY. *Mon dieu!* Alojz, ¿delito? ¿Dónde están mis maletas? (*Desaparece en el cuarto.*)

ALOJZ. ¿Se da cuenta, ingeniero, de lo que puede pasar si esto no se queda sólo entre estas cuatro paredes?

AGRADECIDO. Pero yo no creo que su propio hermano sería capaz de...

ALOJZ. Ya le dije que en estos asuntos no puede confiar ni en su propio hermano.

ILIA. Hermano. Mi hermano. ¡Mi propio hermano!

ALOJZ. Perdóname, Ilia, pero ¿qué generación es la de ustedes? ¡Tanta envidia por nada!

ILIA. No.

ALOJZ. Entonces, odio.

ILIA. No.

ALOJZ. Un momento, un momento... ¿Cómo alguien puede acusar de ladrón a su propio hermano?

ILIA. No.

ALOJZ. ¿Cómo que no? Lo dijo aquí, delante de testigos.

ILIA. Dijo que no quería un hermano estafador.

ALOJZ. Ya ves. Pero, en fin, eso depende de lo que tú consideras que eres.

ILIA. ¿Qué me considero yo?

ALOJZ. No me gustan las palabras vulgares, y en cuanto a mi persona se refiere, nunca tuve conflicto con la ley.

ILIA. Si no lo has tenido tú... ¡Yo tampoco voy a tenerlo!

ALOJZ. Eueno, bueno... Haz lo que te parezca.

AGRADECIDO. ¡Arquitecto! Se lo pido encarecidamente. Resuélvame mi problema.

ILIA. Llévase su dinero.

AGRADECIDO. No, no puede hacerme eso.

ILIA. Devuélvaselo al que se lo pidió prestado.

AGRADECIDO. ¿Y qué será de mi vivienda?

ILIA. ¿De veras está tan convencido de que yo no le hubiera ayudado también sin este sobre?

AGRADECIDO. ¿Y por qué lo iba a hacer?

ILIA. Sólo así, por principio...

AGRADECIDO. No, eso no. En nuestros días no hay quien haga una cosa así... por puro principio.

ILIA. ¿Usted cree que yo no lo haría?

AGRADECIDO. Tal vez, pero ¿por qué?

ILIA. Ya se lo dije.

AGRADECIDO. Sí, por una cuestión de principio... Óigame, arquitecto, hace siete años que estoy esperando que me den vivienda. Tiene que reconocer que es un tiempo por encima de cualquier principio. Ya tengo derecho de no creer en principios.

ILIA. No tiene razón.

ALJZ. Habría que ver.

ILIA. Mi padre vivió y murió con ese principio.

AGRADECIDO. No lo dudo.

ILIA. Y mi hermano...

AGRADECIDO. Seguramente es un buen muchacho, pero de todas maneras...

Ilia sale al pasillo. Se escucha su voz.

ILIA. **Llévese su dinero, ingeniero.**

AGRADECIDO. ¿Adónde va, arquitecto?

ILIA. Ya lo oyó. Me esperan en la estación.

Aparece la tía Mery con sus maletas.

AGRADECIDO. (A Ilia.) ¡Espere!

TÍA MERY. *Mon dieu!* ¿Él también se marcha?

ALJZ. ¡Idiota!

TÍA MERY. Alojz, tengo miedo.

ALJZ. ¿Tú? ¿De qué?

TÍA MERY. Todos huyen de ti.

ALJZ. ¿De mí? No me hagas reír. Todos están chiflados.

TÍA MERY. (A Agradecido.) ¿Qué quiere decir... chiflados?

AGRADECIDO. Bueno... entonces yo también me marchó

ALJZ. Oiga, se le quedaba el sobre.

AGRADECIDO. (Después de una pausa.) Yo... Si me lo permite... yo no me voy a llevar ese dinero.

ALJZ. ¿No?

AGRADECIDO. Es que pienso que...

ALJZ. ¡Ingeniero, es usted un hombre muy inteligente! Usted lee en mis pensamientos.

AGRADECIDO. ¿Por qué dice eso?

ALJZ. Usted razona con lógica. El arrebato de honestidad se disipará mañana como el humo. En cambio, la vida... la vida continúa.

AGRADECIDO. Sea tan amable, capitán, y guarde este sobre.

ALJZ. Por supuesto. Ya sabe que en mis manos no se perderá nada de él.

AGRADECIDO. Le estoy muy agradecido.

ALJZ. (Ya en la puerta.) ¡Buenas noches!

TÍA MERY. ¡*Mon dieu*, Alojz! Por lo que veo, sólo quedamos aquí nosotros dos.

ALOJZ. Ya volverán, no te preocupes. Espero que al menos nos hayan dejado algo de comer en la cocina.

TÍA MERY. No acostumbro comer por la noche.

ALOJZ. ¿No? Tienes razón. Dicen los médicos que a nuestra edad es peligroso.

TÍA MERY. ¿Alojz?

ALOJZ. Tú dirás.

TÍA MERY. ¿Qué vamos a hacer ahora?

ALOJZ. Ya es muy tarde. Vamos a acostarnos.

TÍA MERY. *Mon dieu!* ¡No digas eso! ¿Tú serías capaz de cerrar los ojos? ¿Después de todo lo que pasó?

ALOJZ. ¿Yo? ¿Acaso yo soy el chiflado aquí?

TÍA MERY. Se fueron. Todos se fueron.

ALOJZ. Si se fueron, regresarán.

TÍA MERY. ¿Y si no regresan? Sabes, yo no sé si entiendo bien todo este..

ALOJZ. Difícilmente.

TÍA MERY. Soy una mujer vieja, acabada por la vida. Y debo decirte que en todos estos años les he tenido una envidia secreta.

ALOJZ. ¡Pero no me digas! ¿Tú a nosotros? ¿Y por qué, si se puede saber?

TÍA MERY. Por vivir en esta mitad mejor del mundo que les pertenece a ustedes.

ALOJZ. ¿Qué cosas dices?

TÍA MERY. Pero hay una cosa que nunca logré comprender: ¿cómo es posible...?

ALOJZ. ¿Qué?

TÍA MERY. Que el mundo tuviera una mitad mejor y otra peor cuando en todas partes viven hombres iguales.

ALOJZ. ¿Qué estás diciendo?

TÍA MERY. Sin embargo, después de todo lo que ocurrió hoy... Me parece, Alojz...

ALOJZ. ¿Qué? ¿Qué te puede parecer a ti?

TÍA MERY. Que en esta mejor mitad de ustedes también hay gente que...

ALOJZ. (*Después de una pausa más larga.*)
Dios mío, Mery, ¿y tú viniste del otro hemisferio sólo para comunicarme esto?

TÍA MERY. No quise ofenderte. ¡Dios me libre! Pero si estás enojado, me iré también.

ALOJZ. ¿Adónde?

Tía Mery se encoge de hombros y luego levanta sus maletas.

ALOJZ. (*La mira consternado y después, en medio del silencio del que sólo se da cuenta*

ahora, da un paso indeciso, luego otro y otro más, como buscando apoyo. Enciende el radio que está encima del sofá. En la oscuridad, que se va haciendo cada vez más densa, sólo se destaca el ojo mágico del receptor. Se oye la voz del locutor: «Praga, y con ella toda nuestra patria, engalanada de flores primaverales, está lista para celebrar el gran aniversario. Cientos de hombres y mujeres destacados recibirán las altas condecoraciones estatales como testimonio de respeto y confianza de nuestra sociedad en todos aquellos que en los últimos treinta años hicieron de Checoslovaquia un país de hombres felices. La radio checoslovaca ofrecerá a las nueve de la mañana, por todas sus estaciones, la transmisión directa del acto solemne queo tendrá lugar en el Castillo de Praga.»)

LLUVIA DORADA

OBRA EN CUATRO ACTOS

ESCENA PRIMERA